

— Que resultó no resultar porque resultó — le explico, porque quiero que entiendas que si las cosas no han prosperado por esa vía no ha sido por culpa de algo de lo que yo sea responsable — que, ella misma me lo confiesa, había sido muchas cosas en esta vida tan desafortunadas que llen, y que, alg...

Algún día, cuando tuviera más confianza — sigue él como si recitara, como si estuviera repitiendo de memoria algo requetembido —, si vuestra rebeldía no se iba a jugar como se había ido a la mierda también otros buenos principios... ¡si yo le costaría!... ¿Verdad? — Me pregunta él a mí, como queriendo significar “¿es cierto lo que digo o no lo es?” — Pero que sigieras, con lo tuyo, con lo suyo, que no lo quiero entretener que yo tiene usted hoy bastante lío porque fue una tarde... lo recuerdas bien — segunda, apuntando a los papeles con su índice mientras habla — muy complicada, de mucha tensión y enormes dificultades técnicas por culpa de un avión que no se salió.

— Un sombrero — rectifico.

— ¿Un sombrero? — Él.

— Un sombrero, sí — insisto —; no me salía pero era un sombrero.

— Como quieras — él, como deseando zajar el asunto de cualquier manera — un sombrero. Pero...

— Un sombrero samurái, concretamente.

— Tú sabrías — él, un poquito impacientado, como contrariado —, pero... ¿Ya sabías hacer para entonces la pajarita y el dado? Porque yo no es que quiera desahuciar — dice — pero a mí me parece que el sombrero, samurái encima, para un principiante... — Pues no sé... A lo mejor es que aprendo muy deprisa...

— Puede ser — concede, aunque me parece que de mala gana. Y narja — te costaría, dijo, pero que una

Versaciones de un chupaplumas

Que piense algo

[1]



Que tiempo de sobra tendré por las mañanas, en el ministerio, sin otra cosa que me pueda distraer mas que “tus aburridos expedientes” – dice –, de discurrir una situación mediante la que “tanto si te quieres mantener en la idea de que discutamos por una cuestión tan baladí como lo es el que tú sostengas que nuestra protagonista es una mujer sencilla que ataviada con su delantal y sus guantes de fregar alza la voz con la mano apoyada en el picaporte de una puerta entreabierta para preguntar no sé qué a un esposo aburrido que colecciona sellos en batín con borlas en tanto que yo , tanto si es porque tú así lo deseas como porque crea yo sinceramente que resultaría sin punto de comparación más sugerente, pero allá tú, yo no quiero influenciarte, insistiré en que los guantes sean largos y de terciopelo cuando ella cierre la puerta con sigilo, suavemente, con cuidado de no despertar al marido (enfermo tal vez, y anciano e inmensamente rico) al que ha administrado un somnífero o quién sabe si no arsénico o cianuro antes de fugarse con su amante como si lo que prefieres es algo de índole más intelectual y que nuestra conversación se centre en aspectos psicológicos, caracterológicos o incluso temperamentales de los personajes dando, todo ello, lugar a un argumento de menos acción, es verdad, pero contenido más filosófico y, por tanto, también posiblemente de más calidad literaria” podamos, sin apasionamiento y muy serenamente, plasmar negro sobre blanco nuestros desacuerdos.

Pero que, tanto si es conservando la postura, la situación, el tono, la actitud y el atavío tanto de la esposa como del marido que yo defiendo como si lo es manteniendo aquellos por los que aboga él y que darían a “nuestra Camelia” — dice — un aspecto de mujer más de mundo y con más clase y más esbelta aunque también y por supuesto bastante más perversa pero él — insiste — no quiere influenciarme, lo que no tengo que perder de vista es que la protagonista “es ella, no yo”; y que deje

Que piense algo

[2]

por tanto de hacer mención constantemente a qué él dice, y cómo lo dice, y cuándo lo dice, y por qué lo dice...

– ¿Te estás enterando? – me pregunta.

– Sí.

Y zanja el tema con que pues entonces “¡Hala!”, y que *ahora*, si no me importa, será mejor que por hoy lo dejemos...

Le digo que sí, que claro, *además tú tenías prisa.*

Dice que no, que no tiene nada que hacer, que lo dijo nada más para que no tuviera que ser yo quien dijese “me tengo que marchar”, porque entonces a lo mejor me sentía obligado a explicar que es que iba otra vez a casa de Ramírez alegando que era por el tema de la papiroflexia pero que...

– ¿Qué? – pregunto.

– No, nada... Además – añade, tras pensárselo un poco – me parece bien que te estés empezando a encariñar un poco con... ¿Cómo quedamos en que se llamaba?

– ¿Camelia?

– Sí

– Sonia.

– ¿Sonia – él; y alzando levemente una ceja –: eh?

– Sí – yo –; pero si prefieres que lo discutam...

– No...

– ¿De veras?

Que piense algo

[3]

– Sí; sí. De veras. Es sólo que...

– ¿Qué?

– No; nada.

Y se queda como pensativo, un ratito, tabaleando sobre el mármol otra vez y volviendo a inflar los carrillos para soplar después el aire emitiendo otra especie de brrr; luego se pone de pie y dice “bueno, pues venga” y que “Sonia, sí; puede estar bien” pero que, a él, “en fin tú verás, ya te he dicho que yo no quiero influenciarte”, le parece que no vamos a estar hablando de la de las...

– ¿“¿Sandalias”, dijimos?

– Boquerones – le corrijo.

– Vale.

Que no sé para qué me esfuerzo en ser preciso cuando él acepta la rectificación sin rechistar, como si le estuviese importando un comi...

Pero que – en conclusión y no fuera a ser que la terminásemos liando, tan más o menos encauzada que la cosa iba –, aunque él habría jurado que eran salmonetes, lo que de verdad le preocupa es que tiene todo el rato la sensación de que estamos hablando de la otra.

– ¿Qué otra? – le pregunto.

– La de las botitas – me contesta.

Y cuando le intento refrescar la memoria dándole detalles precisos de la página y el párrafo exactos en que él, él solito y sin contar con nadie, la había olvidado, me contesta con mucho desparpajo que él es un simple mortal, un pobre ser humano imperfecto e incapaz de llevar todos sus olvidos en la cabeza; y que para eso estoy

Que piense algo

[4]

yo que para eso soy el escritor y el obligado a asumir la responsabilidad de que él — “pero sólo si las circunstancias lo exigen”, dice, y que tras haberlo reflexionado con calma y bien argumentado porque no tiene ganas, dice también, de andar deambulando y dispersándose de acá para allá para que luego vaya a resultar que me atasque o me líe y le termine diciendo que lo siento mucho “pero te la tienes que quitar de la cabeza definitivamente” — olvide o recuerde lo que fuere menester o más conviniera a nuestros objetivos.

Y es justo en ese momento cuando sin haber albergado la más leve sospecha de que semejante cosa pudiera suceder, sin esperarlo ni saber a dónde me pueda conducir un impulso tan del todo irracional, sin querer pienso.

Pienso sin querer pensarlo que no quiero seguir con este juego estúpido de querer ser escritor; pienso...

– Piensas — continúa él, apartando la vista de los folios, que posa boca abajo, sobre el mármol, sin prestar atención a que esta vez la espuma de la cerveza ha rebasado el borde de la copa y formado un pequeño charco —, sin querer pensarlo tampoco, pero sin poderte contener, que no vas a saber hacerlo...

– ¡Exacto! — admito; alborozado casi de, tras tantas inquietudes y zozobras y quebraderos de cabeza, sentirme comprendido por alguien que es, además, mi amigo que me quiere y va a alentarme y a prestarme su apoyo siempre — Aunque, he de reconocerlo, un poco de vergüenza sí que me da...

– No me interrumpas — ordena en tono entre seco y ausente para, hablando despacio, en voz muy baja, proseguir —: piensas que sería además un escándalo y que

Que piense algo

[5]

con qué cara ibas a volver¹ al ministerio y a enfrentarte con todos tus compañeros y con tu Gutiérrez y con tus expedientes polvorientos y desprovistos de glamur después de haberte despedido tan contento y tan ufano y para siempre porque te ibas a convertir en un tipo con suerte, con fama, con prestigio, al que sus miles de lectores no dejarían dar ni un paso por la calle, asaltándolo constantemente para pedirle autógrafos e interesarse por cuándo van a tener el inmenso placer de tener entre las manos su próxima obra...

– Eso, mira, no lo había pensado...

– ¿Me querrás dejar que siga?

– Sí, pero...

– ¡“Pero”! Ahí quería yo llegar – dice, entornando los ojos y golpeando con lentitud con su índice sobre los folios – Ahí quería yo llegar porque eso es lo que hay precisamente: un “pero” ...

– Pero no porque...

– Que te calles, coño. Además – dice cambiando de tono, que se pasa a quejumbroso –, primero lo pones y luego empiezas a encontrar inconvenientes ¿En qué quedamos?

– ¿A qué estoy poniendo inconvenientes? – Y quiero, recuerdo, rescatar los folios; que estoy sufriendo de ver cómo se están emborronando, emborrachándose de cerveza.

– Pero... – prosigue, interrumpiéndose apenas un instante para darme un manotazo y gruñir “deja en paz

¹ A la mañana siguiente, que él dice “mañana mismo, por cierto y sin falta; porque una vez tomada la decisión lo mejor, imaginas, va a ser poner las cosas en claro cuanto antes”.

Que piense algo

[6]

los putos folios de los cojones, ¡joder!” – Porque, ¿sabes? – volviendo al tono quedo, susurrante casi –, cuando el pensamiento se empecina en escaparse de las manos es muy difícil de retener aunque se quiera y tú, sin poder evitarlo, temes...

– ¡Pues claro, que temo! ¿Cómo no voy a temer el hacer el más espantoso de los ridículos?

– ¿Será posible – se queja irritado – que dejes de comportarte como una mosca cojonera? Hombre, ¡por favor!, que así no hay forma de dar ilación a discurso ninguno...

– De acuerdo.

– El pensamiento se ha disparado sin remedio y te grita, por más que en tu cobardía quieras hacerte el loco y no escucharlo, que tu editor te está urgiendo, aguardando en vilo y ansioso, a que le entregues el manuscrito que te comprometiste...

– Eso no es cierto.

– ¡Empecínate en engañarte!

Y se afana con inenarrable pasión en que rememoremos juntos que “métetelo en la cabeza” esta no es mi primera novela y lo sabemos los dos perfectamente; y yo rememoro, sí, pero para recordarle con enorme dolor que la anterior fue un absoluto fracaso.

– ¿Seguro?

– Y tan seguro. No se vendió ni un solo ejemplar².

² Porque entiendo que hay que saber estar en esta vida a las duras y a las maduras, y que si quiero ser un escritor con una trayectoria y un pasado digno de que alguien escriba en el futuro mi biografía plagada de acontecimientos y vivencias apasionantes he de asumir, para que resulte creíble, algún que otro fracaso.

Que piense algo

[7]

– Pues porque era, como todo lo diferente, para minorías selectas – dice.

Pero era, reitera, francamente buena; sin olvidar advertirme muy encarecidamente de que el verdadero, el auténtico escritor, ha de buscar la calidad y no la fama “porque, estarás de acuerdo conmigo, la fama es flor de un día en tanto que la calidad te reportará inmortalidad ¿De acuerdo?”.

Y como le digo que sí dice que ahí, precisamente, está el secreto.

– ¿Qué secreto? – le pregunto.

Pero elude el contestar aduciendo que media docena y pico de folios de un tirón es un ritmo fantástico para un principiante; y que dejar las ideas nada más esbozadas, apenas sólo insinuadas y como que medio en el aire, invitando a la imaginación a que dibuje quién sabe qué insólitos trazos con su vuelo, favorece en mucho más a la creatividad que el dejar las cosas perfectamente rematadas y todos los misterios desvelados, que luego no se sabe cómo coño arrancar.

Dice que puedo cambiar “coño” por “diablos” si lo prefiero.